

Capítulo 9

La Patria en armas

Mayo 1808

Figuraos que el suelo se arma para defenderse de las invasiones, que los cerros, los arroyos, las peñas, los desfiladeros, las grutas, son máquinas mortíferas que salen al encuentro de las tropas regladas, y suben, bajan, ruedan, caen, aplastan, separan y destrozan. Esas montañas que se dejaron allá y ahora aparecen aquí; estos barrancos que multiplican sus vueltas; esas cimas inaccesibles que despiden balas... Eso, y nada más que eso, es la lucha de las partidas, el país en armas, el territorio, la misma geografía batiéndose.

Benito Pérez Galdós

Episodios Nacionales, Vol 9, cap V

Amanecía el tres de mayo en Madrid sobre el silencio de los muertos. Por los aledaños de la Puerta del Sol y las callejas de Cuartel de Palacio, el espectro de la tragedia suplantaba la algarabía habitual. Balcones entornados, puertas atrancadas o sacadas de quicio, restos de barricadas, sillas rotas. Las manchas de sangre sin limpiar, que salpicaban los zócalos de las casas y el pavimento, delataban a cada paso la tragedia de la jornada anterior. Por todas partes reinaba la desolación más absoluta, como si una maldición bíblica hubiera assolado la ciudad.

No hubo el despertar bullicioso de las mañanas madrileñas, tampoco el eco lastimero de la derrota. Sólo había ausencia. Silencio aterrado. Los buhoneros no gritaban su mercancía, no estaban las caballerías sujetas a las argollas de los portales esperando a sus dueños, ni se veían sillas de mano o carros parados impidiendo el paso a las veloces carrozas. Tampoco chiquillos alborotando en la calzada. Ni siquiera las lavanderas osaron bajar al río con las primeras luces como hacían cada mañana, balanceando sus cestos en la cabeza. Las riberas del Manzanares aparecían tristes, marchitas, sin sus colgaduras blancas. La corriente se arrastraba cabizbaja por los ojos empañados del puente de Segovia.

Bernardo pasó la noche escondido en el jardín de una venta, más allá del cementerio de San Isidro. Por aquel paraje sí pasaba gente, pequeños grupos que transportaban muertos y cavaban fosas. El estudiante escuchaba los lamentos de los vivos, ayes de dolor amortiguados por el entumecimiento de la derrota. No quería

volver al centro de la ciudad, bastante tenía con lo que vio el día anterior. Tras presenciar la descarga de los franceses en el Arenal y los fusilamientos de patriotas en las puertas de Palacio, corrió por la Morería hasta San Francisco, cruzó el río agarrado a un madero y no paró hasta cobijarse entre las ramas de un nogal que encontró en el huerto de una venta en la que no había nadie. Los árboles henchidos, el zumbido de los insectos, la vida estallando alrededor ajena a la desgracia, todo le dolía. El aroma de la primavera, cargado de promesas lejanas, le producía estupor. No era más que un despojo con la conciencia abatida, un huérfano abandonado.

Aquello estaba perdido. La revuelta del día dos languidecía entre estertores, recuerdos huecos, como el final de una fiesta monstruosa con excesiva resaca. Pero tenía que sobreponerse, huir, atravesar Somosierra para indagar el paradero de la partida de Juan y unirse a ellos. Aborrecía el horror de la ciudad, detestaba el hedor de la derrota. No podía ver más cuerpos de niños con el cráneo roto ni más cadáveres de mujeres valientes reventadas a golpe de bayoneta. Necesitaba la verdad desnuda de la tierra, cobijarse en la Naturaleza y el poder de las montañas, respirar la esperanza del páramo. Su espíritu se consumía con aquellas piras funerarias que divisaba a lo lejos en distintos puntos de la ciudad. Tenía que recuperar la fe, luchar, atacar a los franceses y salir airoso. La libertad no era ya una idea hermosa sino un designio imperativo. Luz más allá de las tinieblas, el aire que pedían sus pulmones.

Con un caballo que le prestó un ventero anonadado por la muerte de su mujer y sus dos hijos, rodeó la ciudad y cabalgó hacia el norte hasta llegar por la noche a San Agustín del Guadalix. Otra jornada más y podría alcanzar Cerezo, al otro lado de la sierra y en el borde de las tierras segovianas. Por allí, seguramente, alguien podría decirle el paradero de su amigo Juan.

No tardó en encontrarlo. Un rapaz de Nava se ofreció a acompañarle y le condujo por veredas y atajos hasta el curso de un río. Álamos y matorrales de espino cubrían la ribera hasta un bosquecillo de olmos que abrigaba un rincón, en el que parecía no haber nada.

Allí estaban los guerrilleros.

El silbido del muchacho, repetido tres veces, les alertó y dos de ellos se adelantaron para ver quién venía. Muchos días recibían emisarios con mensajes de la familia y a menudo aparecía algún voluntario que quería unirse o gente sencilla que traía ropa limpia, embutidos, pan recién hecho y municiones.

A Rodrigo y El Largo no les gustó de entrada el forastero que venía de Madrid y aseguró ser amigo de El Empecinado. Parecía un pisaverde, un joven picapleitos con alguna argucia, pero tras registrarle lo dejaron pasar al verlo tan angustiado. Los hombres estaban afanados reparando cinchas, revisando herraduras, lavando ropa. Juan tenía su fusil desarmado entre los brazos y lo limpiaba a fondo. Estaba sentado a horcajadas, debajo de un fresno, con su cigarro enrollado colgándole de los labios.

-Jefe, un hombre pregunta por ti. Viene de Madrid.

Rodrigo se había adelantado mientras El Largo sujetaba al intruso con el cañón del trabuco, unos pasos atrás.

-¿Quién es?

El guerrillero levantó la mirada pero no hizo ademán de incorporarse. Bernardo asomó la cabeza.

-Soy yo, Juan.

-¡Hombre! ¿Cómo por aquí, estudiante?

Cuando el jefe se levantó con los brazos abiertos, los hombres detuvieron sus tareas para observar. No era habitual verlo alegre por la mañana.

El Largo apartó con desgana el trabuco y dejó pasar al anhelante. Al abrazar a su antiguo camarada, Bernardo se desmoronó. Su llanto desbordado conmovió a aquellos hombres de apariencia ruda, cuyo silencio volvía más amargos los quejidos que salían de su garganta. Juan lo sujetaba fuerte contra su pecho mientras le acariciaba el cuello sin decir nada. El chico se sobrepuso y pudo al fin hablar, con los brazos desmayados entre los de su amigo.

-Necesitaba verte. He venido para unirme a vosotros.

-Bueno, bueno, tranquilo. ¿De dónde vienes?

-De Madrid.

-Eso me interesa. Cuéntanos lo que ha pasado, nos han dicho que hubo revueltas el día dos.

Los hombres se fueron acercando hasta rodear al recién llegado. Unos se acomodaron en el suelo cerca de él, otros permanecían de pie con cara de circunstancias. Sentado sobre un tronco, Bernardo trataba de abarcar con la mirada a toda la concurrencia. Quería relatar de la forma más fidedigna posible la angustia de la población madrileña, el estado de desolación en el que había dejado la ciudad, pero no podía dejar de transmitir el heroísmo que vio el día anterior, la rebeldía de aquella jornada inolvidable. Las imágenes se mezclaban, los sentimientos se confundían. Debía

ser conciso, claro, su audiencia se lo reclamaba con los ojos fijos. El antiguo estudiante, tan ducho en arengas y exposiciones de agravios, se aclaró la garganta y decidió limitarse a la crónica desnuda de los sucesos.

-A las once de la mañana del día 2 se congregó mucha gente a las puertas del palacio real porque desde primeras horas se había extendido por la ciudad el rumor de que los franceses se estaban llevando a la Familia Real. Don Carlos y la bruja de su mujer, como ya sabréis, estaban ya en Bayona, al otro lado de la frontera francesa. Cerca del mediodía, el pueblo contempló cómo partía la carroza del rey Fernando entre protestas y empujones. Cuando salió la de la reina de Etruria, se oyeron silbidos, luego silencio ante la de Don Antonio Pascual y con la salida del Infante Carlos los gritos arreciaron. La gente se iba acercando. Yo mismo, junto con otros compañeros, me vi empujado hacia los guardias franceses. Flotaba en el ambiente un deseo urgente por hacer algo aunque nadie daba consignas, os lo aseguro, era como si todos estuviéramos de acuerdo. Cuando sacaron al infante Francisco de Paula para meterlo en la última carroza, pudimos ver que el crío iba llorando. Una mujer gritó “¡Que se lo llevan! ¿Es que vamos a quedarnos aquí como *pasmaos*? ¡A ellos, madrileños!”. Ése fue el comienzo. Como por ensalmo aparecieron cuchillos, horcas y hasta tijerones de trasquilarse. Los franceses se vieron acosados, alguno braceaba entre la multitud mientras le acuchillaban. Murat, que observaba todo desde un balcón del palacio, no tardó en dar la orden de cargar. Hubo carreras, insultos, gente pisoteada. Vi a un grupo de polacos a caballo cortar cabezas, brazos, todo lo que encontraban a su paso. Yo traté de recoger a una criatura que berreaba en el suelo, al costado de su madre muerta, pero la llegada de nuevos escuadrones me impidió hacer nada. Corrí por la calle Mayor hasta la Puerta del Sol, donde el gentío estaba reunido dando voces y atacando a la guarnición acantonada allí. La revuelta estalló en todas partes, por Chamberí y el parque de la Bombilla, en los altos de El Viso y los Carabancheles. Hubo una carnicería atroz, pero el pueblo resistía. Trataban de proteger a la Familia Real, aunque ya todos habían partido. Lo que más me impresionó es que por todas partes se escuchaban vivas al honor y la independencia de nuestra patria. Yo pasé la noche de un sitio a otro. Maté varios franceses...

El silencio subrayó sus últimas palabras. Algunos guerrilleros tenían los ojos perdidos, mirando pero sin ver. Otros entretenían sus manos con hierbas o palos, la vista clavada en el suelo y el oído en las palabras del forastero. A Juan Martín, el “empeinado” que había jurado combatir al invasor hasta la muerte, la expresión le cambiaba a cada paso. Al principio, con los ojos fruncidos, quiso sujetar su amargura,

luego la mirada se abrió y la turbia tristeza de su semblante quedó sepultada por una rabia en la que sólo había indignación y deseos de venganza. Miraba de frente a los suyos, con las mandíbulas apretadas y ese gesto de ferocidad que asustaba a quienes no le conocían. Su rostro era la viva imagen del guerrero dispuesto para el combate.

Se escucharon insultos a los franceses, a Bonaparte y los juramentos de rigor. Como Juan notó que Bernardo se quedaba callado, habló él. Aunque el tono de su voz era hosco, sus palabras tenía un eco sereno, como si quisiera calmar al antiguo compañero.

-¿Cuánto duró la rebelión?

-Un día escaso. Por la noche los franceses ya estaban fusilando a gente en las Vistillas y en el Campo del Moro.

-¿Qué hizo el Gobierno?

-Callar, plegarse a los franceses.

-¿Y los infantes?

-Meterse en sus carrozas.

-Y Don Fernando en Bayona, maldita sea.

Parecía mentira que el rey se hubiera dejado secuestrar así. Hubo una pausa de desconcierto, un momento en el que los dos amigos dejaron de mirarse y se esquivaron. Sus esperanzas en el joven monarca se desmoronaban a su pesar, inevitablemente.

-¿Ha habido revueltas en Valladolid, Juan?

-Sí, eso hemos oído.

Bernardo contempló al grupo de guerrilleros a su alrededor. Apenas sumaban la docena, pero ahí estaba el germen de la insurrección. El futuro dependía de que hubiera muchos como ellos.

-Quiero unirme a vosotros.

Juan sonrió de nuevo.

-¿Sabes dominar un caballo a la carrera, hombre de ciudad?

-Claro que sí.

-¿Y disparar?

-Aprenderé. Además puedo servirlos de intérprete, entiendo bastante el francés.

-No nos vendrá mal, desde luego, ni tampoco tu habilidad para escribir –Juan disimulaba así su deseo personal de que se les uniera Bernardo porque sentía mucho afecto por él- Está bien, señores, a partir de hoy la partida tiene un nuevo miembro. Cuidadle bien que va a ser nuestro traductor con los gabachos cuando les demos el alto.

Esta vez fue Juan quien abrazó al nuevo guerrillero. El resto de los hombres se acercaron para estrecharle la mano. Bernardo no cabía en sí de contento, saludaba a todos, sonreía, repetía su nombre y trataba de recordar el de todos.

Por fin empezaba para él la verdadera vida. “La tragedia no sólo alumbra dolor e incertidumbre” pensó con su habitual costumbre de razonarlo todo. A la rabia que sintió los días precedentes le sucedió una sensación de alivio, la certeza de que al menos había una esperanza.

Por toda España se desencadenó un movimiento de sublevaciones espontáneas. Los que no estaban con las autoridades afrancesadas, que eran la mayoría, se pronunciaban contra la invasión napoleónica a través de comités de ciudadanos que a su vez formaban juntas locales para canalizar la rebelión. Un fiero espíritu de independencia despertó a los españoles de su letargo, dejando a un lado sus diferencias de antaño. Los territorios de la vieja piel de toro se hermanaron contra el enemigo, unidos como en los días antiguos en que las tribus ibéricas sellaban alianzas para defenderse de las legiones romanas o el avance cartaginés.

La resistencia armada comenzó a propagarse. Los ecos del bando que el alcalde de Móstoles había pegado en los muros de la villa madrileña, llamando a todos los españoles a alzarse contra los franceses, resonaron de los Pirineos al Estrecho, desde las tierras del Levante hasta las rías gallegas. Más fuerte que cualquier poder opresor, tan contumaz como el mejor de los ejércitos, el sentimiento de defender la nación maltratada inundó cuarteles, aulas, hogares y conventos, se extendió por plazas y mercados, atravesó los campos. El 25 de mayo Asturias se levantó en armas contra Francia, seguida inmediatamente por todas las regiones. Contaban con el apoyo del general Castaños, el único militar de alta graduación que tomó la iniciativa por su cuenta y se unió a los rebeldes. Como un inmenso brasero, atizado por un sinfín de rescoldos, la guerra de la Independencia prendió en la Península y sus islas sin que los franceses, sorprendidos por la violenta reacción, pudieran contenerla. En Madrid se formó un Consejo de Regencia en nombre de Fernando VII, que empezó a actuar como gobierno independiente de Francia mientras se constituía en Alto Estado Mayor para las operaciones militares.

En Valladolid, el mayor alboroto lugar la tarde del 30 de mayo. Dos días antes, Bernardo había convencido a Juan y a cinco hombres de la partida para apoyar

directamente la rebelión que a buen seguro habría de producirse, en vez de esperar acontecimientos o limitarse a asaltar convoyes en los pasos de Somosierra. Antes de partir, dejaron al resto de los guerrilleros acantonados a las afueras de Peñafiel. Luego siguieron camino hacia la capital castellana, donde llegaron en el momento oportuno.

Los rumores se habían adueñado de la ciudad, la gente se indignaba a medida que conocía las noticias de Bayona. Napoleón había obligado al joven rey a devolver la corona a su padre y éste, en un acto de infinita cobardía, se la había cedido a su imperial voluntad para que hiciera con ella lo que creyera conveniente. Un rey intruso, hermano del corso que había inventado un trono para sí mismo, estaba a punto de ocupar el palacio real en Madrid. Algunos afirmaban que se obligaría a la población a hablar francés y que se impondría el código napoleónico. Ministros y funcionarios imperiales ocuparían los cargos de la nación, mientras los españoles quedarían reducidos a un estado de esclavitud encubierta.

Otras voces más templadas trataban de acallar las murmuraciones, poner coto a los disparates. Recomendaban sosiego pero no conseguían aplacar los ánimos, el fervor por combatir al impostor se imponía a todo lo demás. Bonaparte, decían, no era quién para decidir el futuro de los españoles. Los franceses, aseguraban, venían sólo a estrujar y robar todo lo que pudieran.

En la ciudad castellana, que en su día fue testigo de la revuelta comunera contra el emperador que venía de Gante¹, la cólera estallaba en los corrillos arremolinados de cualquier esquina. En la plaza de San Pablo, y en la de Santa Cruz, se formaron pequeñas multitudes que escuchaban las arengas de los más exaltados. El corregidor distribuía como podía rondas de guardias desarmados para calmar a la población. Algunos ciudadanos prominentes les acompañaban y trataban de aquietar a los más revoltosos.

El día había transcurrido con calma tensa y mucho movimiento en los cafés y las calles. Se hablaba de revolución, de resistencia al invasor. Se invocaba la sagrada independencia y hasta a Viriato. Por la mañana llegaron gentes de los pueblos vecinos, de Salamanca, Zamora y otras ciudades de Castilla la Vieja para el día de mercado. Entre los que cruzaron la Puerta del Campo pudo verse a dos paisanos con capa de labriegos y sombreros anchos, seguidos de cerca por otros tres. Traían el gesto sombrío,

¹ La revuelta de los comuneros contra Carlos V tuvo como objetivo fundamental tratar de evitar que se sustituyeran los métodos democráticos por edictos imperiales firmados por ministros extranjeros.

como casi todos. Se mezclaron entre el barullo de transeúntes, mientras disimulaban sus armas bajo el embozo.

Reunidos los cinco a orilla de la Esgueva, el riachuelo que cruzaba la ciudad para tributar en el Pisuerga, atravesaron la calle de Santiago y se dirigieron a la zona del ayuntamiento. Era la una del mediodía. En la Plaza Mayor se había congregado un enorme gentío que no cesaba de gritar. Había tensión, apretujones. “¡Junta nacional!”, “¡Que vuelva el rey!” eran las consignas más coreadas. Juan y Bernardo iban de un grupo a otro, pulsando el sentir general, calibrando el descontento.

A la hora de comer decidieron separarse. Estaba claro que algo iba a suceder y había que moverse con agilidad. Ellos dos irían donde hubiera más jaleo, los otros tres se quedarían en San Pablo, frente a Capitanía General, por si allí se fraguara algo. Durante la tarde, la pareja anduvo por los cafés apoyando la insurrección. Hacia las ocho ya se habían juramentado con tres grupos distintos para acudir al día siguiente a la Plaza Mayor y calentar el ambiente. La consigna que se dieron fue "Patria y Libertad".

Cuando fueron a buscar a sus compañeros, no los encontraron. Aquella noche tuvieron que pasarla en una fonda, cerca de la Universidad, donde varios estudiantes reconocieron a Bernardo. Cenaron con ellos en el atiborrado comedor para comentar los sucesos y lo que harían al día siguiente. Mientras llegaba el cocido, los jóvenes observaban con curiosidad al acompañante de su amigo. Se sentían arropados con aquel hombre serio que les trataba como camaradas. Nadie había preguntado su nombre, pero al cabo de un rato Bernardo no pudo contenerse más y dijo solemne:

-Compañeros, os presento a Juan Martín El Empecinado.

Todos habían oído ya su nombre.

El día amaneció despejado, casi veraniego, pero los ánimos estaban cargados. Aunque el aire de la mañana traía una fragancia de primavera amable que debía tonificar los pulmones y alegrar el corazón, los rostros de los transeúntes aparecían macilentos entre las columnas de la Plaza Mayor, demacrados por la noche en vela o el sueño escaso.

No habían dado las diez y ya el lugar estaba atestado de gente impaciente por entrar en acción. Los llamamientos de la Chancillería, el obispado y el corregidor para que cesaran los alborotos, habían fracasado. La esperanza de sosiego se desvaneció por completo cuando al sonar las doce en la torre del ayuntamiento, la gente comenzó a gritar sus consignas. Un hombre se encaramó a uno de los árboles de la plaza y pidió a

grandes voces que fueran todos al hospital general donde había varias docenas de soldados franceses enfermos a los que podían desarmar.

El joven que gritaba era de la partida de El Empecinado y a su alrededor estaban los demás, animando y coreando. Juan los vio y le gustó la iniciativa, aunque lo hubieran hecho a sus espaldas. Por la tarde, la turba encendida levantó una horca en el centro de la plaza, amenazando con colgar al corregidor y sus concejales si no se les daban armas y se dictaba un bando favorable a la sublevación. Parecía que la revolución iba a estallar en cualquier momento, pero a pesar de la tensión, los puños levantados, los gritos y las bravatas, la gente se comportaba con civismo inaudito. No se registraron peleas, linchamientos ni persecuciones. Los que fueron al hospital respetaron a los franceses, sin molestarles lo más mínimo salvo en la requisa de sus armas. Aquella masa que se desplazaba por la ciudad a bandazos no era como los desharrapados parisinos ávidos de sangre y venganza. Con la conciencia en vilo, les sobraba coraje para defender su independencia. Hervían de fervor ante la lucha por la libertad, pero lo único que exigían era la salida del invasor y la vuelta de su rey. No querían derramamiento de sangre ni ejecutar a nadie. Su revolución consistía en volver al orden legítimo.

A las cinco, los cabecillas formaron una comisión para ir a Capitanía. Una vez allí, eligieron a Juan Martín para que entrase como portavoz. Debía hablar con el capitán general, hacerle ver la necesidad de armar al pueblo.

Ocupaba el cargo don Gregorio de la Cuesta, un militar celoso de las ordenanzas ascendido a teniente general por su actuación en la guerra del Rosellón, aunque la campaña no se saldara precisamente con éxito. Era don Gregorio miembro de una antigua familia de potentados, acostumbrado a mandar, terco de carácter y famoso por el rigor que aplicaba en mantener la disciplina de sus tropas. Guiado por su afán de legalidad, había intentado sofocar inútilmente las revueltas de la zona castellana y a pesar de las presiones de algunos de sus oficiales, no acababa de tomar partido por los patriotas porque aquello significaba la revolución.

Pocos días antes, se había dirigido a las autoridades de León para comunicarles que puesto que el rey y su hijo habían abdicado a favor del emperador de los franceses, el pueblo español quedaba liberado de la fidelidad a sus reyes borbónicos y debía obedecer a la Junta que gobernaba en Madrid a la espera de la llegada del nuevo rey, José I. En los últimos párrafos de su carta, el general insistía en la necesidad de sosiego y la inutilidad de toda resistencia.

Acompañado por dos de los rebeldes, Juan se dirigió resuelto hacia la puerta principal. El edificio, fuertemente custodiado, era un continuo trasiego de oficiales y pequeñas compañías que iban o venían de los puntos más conflictivos de la ciudad. Hasta el momento, no había sucedido ningún incidente serio. La población respetaba a la tropa, porque esperaba de corazón que se pusiera de su parte. Juan y sus acompañantes fueron directamente a uno de los guardias. El soldado, con cara de susto, se interpuso entre ellos y la puerta de entrada.

-¿Qué queréis?

-Dile al general De la Cuesta que Juan Martín, vecino de la comarca de Peñafiel y veterano de la Guerra del Rosellón, solicita hablar con él. Que vengo en son de paz para arreglar la situación antes de que sea demasiado tarde.

-Aquí no pueden entrar civiles.

Juan se acercó al guardia y le miró a los ojos.

-¿Para qué eres soldado? ¿Para defender al pueblo, no?

El recluta dudó antes de contestar. Miró a los acompañantes, chicos de su edad.

-Sí.

-Pues ahora te toca cumplir con tu deber.

El muchacho supo que no tenía opción. Se dio cuenta que no podría resistir por mucho tiempo los argumentos de aquel cabecilla.

-¡Mi sargento! ¡Una solicitud para el general!

Diez minutos después, volvía el sargento con cara de circunstancias.

-¡A ver, el que dice llamarse Juan Martín!

-Soy yo.

-Entre usted solo. Y ahora levante las manos que voy a comprobar si lleva algún arma.

-Voy desarmado.

-Tengo que asegurarme. Y no me cause más problemas que ya tenemos bastantes.

Juan se dejó tentar la ropa por aquel sargento a quien parecía disgustarle la intromisión de civiles en su territorio. El suboficial le acompañó hasta el despacho del general y antes de abrirle la puerta le hizo la última amonestación, mientras calibraba su corpulencia con visible recelo.

-Te lo advierto, gañán. No se te ocurra ninguna tontería porque estaré aquí fuera con el fusil cargado.

Cuando Juan entró, el general no se levantó de la mesa donde leía unos papeles. Ni siquiera le miró. Durante un momento el labriego se sintió desconcertado por la

frialdad del entorchado, intimidado ante su pulcro uniforme salpicado de insignias. Pero no podía dejarse impresionar, tenía que cumplir su cometido y hablar con toda la dignidad posible, de igual a igual.

-Buenas tardes.

Gregorio de la Cuesta levantó por fin la cabeza. No le sorprendió que aquel cabecilla le mirara con aire desafiante aunque sí le chocó su tosco aspecto.

-¿Qué se le ofrece?

-Vengo a pedirle, con todos los respetos, que escuche la voz del pueblo.

El general dejó la pluma con la que estaba tomando notas y cruzó las manos.

-¿Acaso cree que no la he escuchado ya? Mis balcones dan a la plaza y se oye muy bien el griterío.

-Pues no parece que haya hecho usted mucho caso.

El paisano era audaz, sin duda. Incluso temerario. Pero no parecía uno de esos revolucionarios incendiarios. Era mejor aprovechar su actitud propensa al diálogo.

-Yo a quien tengo que escuchar, y hacer caso, es al Gobierno ¿no le parece?

-Si ése es un gobierno intruso, impuesto a la fuerza, no.

-Pero si los Borbones han entregado la corona a Napoleón, no nos queda más remedio.

-Fue un acto ilegal, hecho con engaños.

-¿Usted cree?

-Sí.

-Y el pueblo piensa lo mismo, supongo.

-Supone usted bien. Queremos que vuelva el rey, que se vayan los invasores extranjeros.

-Pero eso implica hacer frente a las tropas napoleónicas.

-Miles de patriotas lo están haciendo ya. En Madrid, en Cádiz, en Barcelona, en cualquier punto de España hay gente dispuesta a coger las armas contra los franceses.

-Ya.

Mucho aplomo tenía el labriego. Y bastante razón. Otras regiones se habían sublevado ya, guarnición incluida. Cuesta lo sabía, pero sus deberes como capitán general pasaban por la lealtad al gobierno legal. Por un momento, la tensa lucha de sentimientos se dibujó en su rostro cansado.

-Y dice usted que ese pueblo que tanto defiende le ha nombrado su portavoz.

-Así es, señor.

-Me han informado que es usted veterano de la campaña del Rosellón.

-Es verdad.

-¿En qué regimiento combatió?

-Estuve en el antiguo de Extremadura, pero pasé la mayor parte de la guerra como ordenanza del general Ricardos.

-¿Ah sí? vaya, el pobre Ricardos.

La desconfianza se desvaneció. Aquel patriota había luchado bajo las órdenes de un esforzado general y conocía la mecánica de un ejército regular en pie de guerra.

Cuesta se levantó y atravesó la estancia lentamente, como si anduviera con cautela, las manos detrás de la espalda y la vista en el suelo. Finalmente se quedó parado junto al ventanal mirando al cielo, al lado de unos butacones reservados para las visitas.

-Siéntese, señor Martín.

Juan lo hizo y se revolvió en el asiento sin saber qué postura tomar tratando de quedarse quieto, lo más derecho posible. Don Gregorio se sentó enfrente, sin dejar de mirarle a los ojos.

- Si yo le entrego los fusiles ¿usted se compromete a controlar la situación?